

NAVIDAD: LA GLORIA DEL CAPITALISMO Y LA GLORIA DE DIOS

ALBERT FERRER

Todo lo sagrado es profano.

En la evolución cada vez más acelerada de americanización del Viejo Continente, los europeos se han acostumbrado a ver símbolos navideños anglosajones en sus espacios públicos e incluso privados. Hechos parecidos han tenido lugar con relación a otros muchos aspectos de la existencia y la vida social, ciertamente. La Navidad es, empero, todo un símbolo de la actual civilización capitalista bajo imperio americano.

Queremos insistir en el sustantivo: *civilización* capitalista. En los albores de la modernidad, el capitalismo era básicamente un sistema económico que desarrolló su propia ideología política, el liberalismo. Durante mucho tiempo este sistema económico emergente tuvo que convivir con elementos precapitalistas, que poco a poco fue desplazando. Pero con el paso del tiempo el capitalismo ha pasado a ser toda una civilización, cada vez más materialista y utilitarista, cada vez más mercantilista y comunista.

Por otro lado, el desenlace de la II Guerra Mundial marca el eclipse de Europa no sólo en términos de concierto de grandes potencias, sino también como modelo civilizatorio. Los grandes Estados europeos dejan de ser potencias mundiales y pasan a ser potencias medias o regionales subordinadas al *gran hermano* norteamericano; Europa —occidental— es reconstruida con ayuda económica y bajo supervisión de la nueva potencia mundial, que pasa a ser también el nuevo modelo civilizatorio, algo que se había esbozado ya en los años veinte, que se consolida después de

1945 y que se intensifica a partir de los años setenta.

Esta época, que ha sido bautizada con el nombre de "posmodernidad", consiste más bien, a nuestro parecer, en la hipertrofia de la modernización, en la degeneración de los ideales de la primera modernidad bajo la luz del humanismo renacentista, la filosofía fundadora de la subjetividad, la Ilustración y su *enfant terrible*, el romanticismo. El sujeto autónomo se ha convertido en individuo alienado; la sociedad libre, en sociedad de masas y consumo; el progreso —moral—, en índices económicos; la emancipación del género humano, en el nuevo oscurantismo de los medios de comunicación de masas. Y la Navidad, en atascos de tráfico y colas de consumidores en los centros urbanos.

A finales del siglo XX, continúa siendo más cierta que nunca la célebre afirmación de Karl Marx:

"Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado (...)".

La Navidad ha sido corrompida por estas sociedades occidentales "posmodernas" —como tantas otras cosas; la Navidad no podía ser una excepción. Pero más allá de la Navidad de los grandes almacenes, de la publicidad omnipresente y de los récords de consumo, más allá de la mezcla sin ton ni son de disparejas tradiciones navideñas que han perdido completamente su significado original, puede vivirse aún, si se quiere, una Navidad que guarde los valores humanos y espirituales que le confieren su belleza y su sentido. Dejando atrás los récords de consumo, la gloria del capitalismo, podemos todavía in-

tentar acercarnos, si queremos, a la gloria de Dios.

El ciclo mágico del Solsticio de Invierno

La Navidad es la síntesis de dos grandes tradiciones espirituales de Occidente, una pagana —panteísta— y otra cristiana.

El abeto de Navidad, con orígenes paganos y posteriormente cristianizado, simboliza las divinidades germinativas de los bosques y fue venerado como auténtica divinidad vegetativa en la época del año, el Solsticio de Invierno, que inauguraba el nuevo ciclo solar, el retorno del Nuevo Sol, la máxima divinidad fecundadora del mundo. Estrechamente relacionada con la tradición del árbol de Navidad pervive en muchas regiones de Europa, y en particular en los países pirenaicos, la tradición gemela del tronco de Navidad, llamado "tío" en Cataluña. El ritual del tronco de Navidad combina el árbol de los bosques con el fuego, la Naturaleza con la luz, la muerte con la vida; el tronco muerto vuelve simbólicamente a la vida con la luz del fuego, de la misma manera que la Naturaleza adormecida por el invierno vuelve a germinar y da nuevamente frutos con la luz del Nuevo Sol, del nuevo ciclo solar que comienza en el Solsticio de Invierno¹.

Todo ello nos recuerda, todavía hoy día, que la Naturaleza no es un simple mecanismo, ni simple materia prima o fuente de energía, sino que está viva y que

su vida es indisoluble de la nuestra. En una parte del planeta, la parte norte del hemisferio norte, donde el frío invernal hacía antaño que la vida de los hombres fuera un infierno, las fiestas del Solsticio de Invierno recordaban a aquellos hombres de la antigüedad pagana, y aún de la Edad Media, que después del hielo y la nieve del invierno volverán la primavera y el verano, con sus cosechas y sus frutos.

El árbol o el tronco de Navidad simbolizan la fecundidad de la Naturaleza, adormecida bajo el manto invernal; simbolizan la vida misma, la lucha por la vida y la esperanza de los hombres cuando la existencia se hace más dura. Las fiestas del Solsticio de Invierno eran las fiestas de la luz, del Nuevo Sol, del inicio de un nuevo ciclo solar con días progresivamente más largos y noches más cortas. Y la luz no era únicamente la luz solar, la luz que hace crecer las plantas y los árboles, que produce la vida, sino que también era la luz de una vida superior y eterna, una reminiscencia de aquella divinidad que los hombres han dejado atrás y andan buscando a través de la historia.

El culto al Nuevo Sol estaba asociado al culto a dioses cuyos nombres variaban según los pueblos; pero en todos estos pueblos antiguos encontramos siempre la misma conjunción entre la luz del nuevo ciclo solar y la divinidad. Un claro exponente de esta fiesta navideña precristiana sería la religión céltica. Los celtas adoraban al Sol como a su máxima divinidad: fuegos y druidas vestidos de blanco ejecutando actos rituales en los bosques, durante los días anteriores y posteriores a la noche del Solsticio de Invierno,

¹ Véase, por ejemplo, Violant i Simorra, R.: *El libro de Nadal*. Alta Fulla, Barcelona, 1983; y De Marliave, O.: *Pequeño diccionario de mitología vasca y pirenaica*. J. J. de Olafeta, Ciutat de Mallorca, 1995.

para celebrar el retorno del Nuevo Sol y de las fuerzas vegetativas de la Naturaleza.

Las fiestas del Solsticio de Invierno eran celebradas con grandes fuegos en numerosos lugares del Viejo Continente. El fuego simbolizaba la luz del Nuevo Sol, la gran divinidad fecundadora del mundo, el gran Dios de la vida. En esta concepción religiosa se insertaban entonces los rituales del árbol y del tronco de Navidad aludidos más arriba: el Nuevo Sol, el Sol-Padre, Dios fecundador del mundo y portador de la luz, junto a las plantas del bosque, el árbol o el tronco, símbolos vegetativos de la Naturaleza, de las fuerzas vitales de la Madre-Tierra; todo ello cerraba un círculo mágico y maravilloso en el cual el hombre, el mundo y la divinidad estaban estrechamente vinculados².

Las fiestas del Solsticio de Invierno de los viejos pueblos paganos, y en particular de los celtas, guardaban aún el vínculo sagrado entre Theos, Kosmos y Anthropos, un vínculo que el cristianismo hegemónico, casado con el poder terrenal, rompió, y que la modernidad capitalista ha destrozado en mil pedazos. El gran poeta romántico Hölderlin recoge en su característica nostalgia por el mundo premoderno esta figura central del Sol-Padre, portador de la luz de la vida, fecundador de las plantas y de la tierra:

"Und wie du das Herz / Der Pflanzen erfreuest, / Wenn sie entgegen dir / Die zarten Arme strecken,

So hast du mein Herz erfreut, / Vater Helios!"³.

El nacimiento de Cristo

La Navidad cristiana recoge el significado profundo de las fiestas

del Solsticio de Invierno del Occidente pagano y le da una nueva dimensión. Reencontramos en el cristianismo a este gran Dios, ahora Dios único, productor de vida y Padre de los hombres. En la simbología y la iconografía cristianas, Dios y Cristo están constantemente asociados a la luz —el Mal, en cambio, a la oscuridad y las tinieblas—. La simbología y la iconografía cristianas recuerdan, pues, a los dioses anteriores de las viejas religiones paganas, dioses solares, dioses de la luz.

El cristianismo proclama, empero, algo nuevo: el nacimiento de Cristo, la encarnación de Dios en un frágil muchachito, que es, en realidad, el nacimiento de Dios en cada hombre. Aunque los hombres se hayan separado de Dios, pueden reencontrarlo. Y el retorno a Dios es posible en este mundo y está dentro de nosotros. En el fondo de nuestro ser habita nuestro Padre, y Él tan sólo espera que sus hijos lo reconozcan en ellos mismos. La Navidad nos dice que Dios vive, y que vive en nosotros. Los hombres se han alejado de Dios, pero pueden volver a Él, y el retorno, según los evangelios, no sólo puede efectuarse traspasando el portal de la muerte o en un paraíso terrestre perdido en un futuro utópico, sino que puede efectuarse ya, aquí. La vía de retorno está en nuestro interior, en nuestra humanidad, en lo que hay de divino en el hombre, que es al mismo tiempo lo que hay de más humano en él.

En Navidad, Dios se ha hecho hombre, y este muchachito cuyo nacimiento humilde celebramos es cada uno de nosotros. Recordemos los siguientes versos de otro gran poeta romántico, Novalis:

"Hat Christus sich mir kundgegeben, / Und bin ich seiner erst gewiss, / Wie schnell verzehrt ein liches Leben / Die bodenlose Finsternis.

Mit ihm bin ich erst Mensch geworden;"⁴.

² Véase, por ejemplo, de Vries, J.: *La religión de los celtas*. Payot, París, 1963; Ambelain, R.: *Les traditions celtiques*. Dangles, St-Jean-de-Braye, 1977; y Markale, J.: *Le christianisme celtique et ses survivances populaires*. Imago, París, 1983.

³ Y de la misma manera que alegras / El corazón de las plantas, / Que levantan hacia ti / Sus débiles brazos extendidos, / También has alegrado mi corazón, / Padre Helios!"

Hölderlin: *Da ich ein Knabe war* (Cuando yo era un muchacho). (Traducción del autor).

⁴ Puesto que Cristo a mí se ha revelado, / Que se funde en él mi certeza, / Cuán rápida una vida llena de luz / Disipa las tinieblas sin fondo. / Gracias a él me hago al fin hombre;"

Novalis: *Geistliche Lieder* (Cánticos espirituales), I. (Traducción del autor).



Charles Dickens

El poeta recoge en la belleza de sus versos el misterio del cristianismo. Dios se hace hombre en Cristo y en todo hombre que reconoce a Cristo. Dios es luz y vida, y cuando se manifiesta en el hombre la divinidad, y con ella la luz y la vida, se manifiesta en el hombre su más profunda humanidad.

"Me hago al fin hombre", dice el poeta, es decir, me hago verdaderamente hombre cuando Cristo se revela a mí, cuando Dios nace en mí. Cristo nace, hijo de Dios, Dios mismo, en cada hombre que le reconoce. El nacimiento de Cristo es el nacimiento de Dios en el hombre, en un hombre cualquiera, en cualquiera de nosotros.

Las fiestas del Solsticio de Invierno de aquellos viejos pueblos europeos hablaban ya de esperanza, de vida; y ante las dificultades de la existencia, cuando ésta era más dura, cuando el invierno amenazaba al hombre, cuando el hombre, más que nunca, se enfrentaba a sus límites, a su finitud, estas fiestas recordaban que la vida volverá en toda su plenitud con la primavera, y

que la vida alberga semillas de eternidad. Las fiestas del Solsticio de Invierno constituyen un testimonio conmovedor, aportado por unos pueblos enfrentados a una existencia material más dura que la nuestra, de la esperanza de la humanidad, de la fuerza de la vida, del milenarismo sueño de retorno a Dios.

Los evangelios retoman este antiguo y bello testimonio y le añaden palabras nuevas, unas palabras que pueden revolucionar el mundo si hay bastantes hombres que las quieran comprender y vivir: la esperanza puede convertirse en realidad, ya, aquí, entre nosotros, en nosotros. Dios vive y vive en nosotros, en cada uno de nosotros.

¿Adónde va Occidente?

Dios no está en las salas grandiosas del Vaticano, menos aún en los palacios, en los ministerios o en los rascacielos de las compañías multinacionales. Dios está cerca de un anciano que pasa el día de Navidad solo, para quien la vida ya no tiene sentido, que se pregunta por qué la muerte no viene a buscarle, que se pone a

llorar un re su inf Di lles, l tarios ración apres res. I hombr tan er sente tan su se ma dados con i previe conve su ve perseg sa a-sí El mund peor, dad h mejor Franc de la l tantos vos y. Leona gelios va: ha dor. Y ciegos que n gelios prend llas y todos homb torno sotros ahora Lo poten Las je Estad capita se par concie ducir. moni: citario festin hacer que q titució to se mane cómo tad y

llorar cuando en su soledad acude un recuerdo de una Navidad de su infancia.

Dios está ausente en las calles, llenas de anuncios publicitarios, deslumbradas por decoraciones luminosas, donde se apresuran masas de consumidores. Dios está ausente en los hombres que se odian y se matan en las guerras; Dios está ausente en los hombres que se matan sin odiarse, sin saber por qué se matan. Hay guerras con soldados y cañones, y hay guerras con intolerancia, con juicios previos, con un oscurantismo convencido de su bondad y de su verdad, con una pasión por perseguir y reprimir que se piensa a sí misma como amor.

El hombre es el ser de este mundo capaz de lo mejor y de lo peor, y la historia de la humanidad ha producido realmente lo mejor y lo peor: la abnegación de Francisco de Asís y la violencia de la Inquisición, la estupidez de tantos *shows* y concursos televisivos y los ángeles y las vírgenes de Leonardo da Vinci. Pero los evangelios proclaman la Buena Nueva: ha nacido un niño, el Salvador. Y si los hombres no somos ciegos, si nos damos cuenta de lo que nos están diciendo los evangelios, podemos llegar a comprender que estas palabras son bellas y terribles: Dios ha nacido en todos los hombres, todos los hombres tienen algo divino, el retorno a Dios está dentro de nosotros. Dios puede volver aquí, ahora, si los hombres quieren.

Los evangelios son unos textos potencialmente revolucionarios. Las jerarquías de las iglesias, los Estados y las grandes compañías capitalistas han debido apresurarse para borrar estas palabras de la conciencia de los hombres y reducir la Navidad a pompa y ceremonia, neones y anuncios publicitarios, montañas de regalos y festines excesivos. Está muy bien hacer regalos a las personas a las que queremos, y hacen falta instituciones y orden. Pero todo esto se puede montar de muchas maneras. El problema radica en cómo engarzamos nuestra libertad y nuestra humanidad con las

estructuras sociales necesarias, en cómo engarzamos nuestras vidas y las estructuras sociales con nuestro entorno, con el mundo, y con lo divino.

Según nuestra tradición occidental, Cristo nació hace 2.000 años para aportar a los hombres la Buena Nueva⁵. Jamás la humanidad ha estado tan lejos de esta Buena Nueva como en las civilizaciones capitalistas bajo imperio americano 2.000 años más tarde. Como dice el filósofo Raimon Panikkar, la civilización occidental moderna se ha enamorado de la tecnología⁶. Y se ha enamorado de lo más material y utilitario de la existencia, se ha convertido a la nueva religión de la economía, se ha ahogado en una cadena incesante de producción y consumo que ha acabado olvidando la humanidad de los hombres, su libertad y, más aún, la trascendencia de la vida.

En una civilización de vulgares anuncios publicitarios invadiendo todos los rincones de nuestras vidas, ¿dónde queda la belleza de la vida, la ilusión y la capacidad de maravillarse ante lo más sencillo, ante un paisaje de hojas rojizas cayendo quedamente en una mañana de otoño, ante la música de la lluvia golpeando suavemente el cristal de nuestra ventana? En una civilización de aventuras de plástico y cartón piedra en Port Aventura o Eurodisney, ¿dónde queda la aventura de la vida, la aventura del espíritu? Hemos perdido el sentido de lo humano y de lo divino, y únicamente podemos pensar en los nuevos modelos de coche que se anuncian por todas partes o en nuevos modelos de vídeo tan sofisticados que nos perdemos leyendo las instrucciones.

Y ante la deshumanización y la miseria espiritual de nuestra civilización, no faltan nuevos

⁵ En realidad ni nació hace 2.000 años —se ha producido un error de cálculo a lo largo de la historia— ni nació el 25 de diciembre.

⁶ Véase, por ejemplo: *Invitación a la saviésa*. Proa, Barcelona, 1997.

MicroMega

director: Paolo Flores d'Arcais



Laico è bello

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Andrea Camilleri
<i>Cinque favole sul Cavaliere</i> | Giorgio Bocca
<i>L'Arca</i> |
| Carlo Augusto Viano
<i>Volontà di (pre)potenza</i> | Francesca Sanvitale
<i>Babette a Montedomini</i> |
| Miriam Mafai
<i>RU486</i> | Giampiero Rigosi
<i>Ospedale, quel che bolle in pentola</i> |
| Simona Argentieri
<i>Angoscia di morte e libertà di morire</i> | Fabio Picchi
<i>W la pappa col pomodoro</i> |
| Paolo Bonetti
<i>La bestemmia</i> | Erri De Luca
<i>Tre fuochi</i> |
| Domenico De Masi
<i>Populorum regressio</i> | Marco Travaglio (a cura di)
<i>Per Andreotti ci vuole giustizia</i> |
| Valerio Magrelli
<i>Otto per chi?</i> | Gianni Barbacetto
<i>Doppio Sogno o doppio Stato?</i> |
| Stefano Rodotà
<i>Alla ricerca della laicità perduta</i> | Roberto Esposito
<i>Libertà comune</i> |
| Paolo Flores d'Arcais
<i>Una obiezione poco civile</i> | Achille Bonito Oliva
<i>Un pranzo gratis</i> |
| Andrea Camilleri
<i>L'ora di religione</i> | Franco Moretti
<i>MoMA2000: la resa</i> |
| Carlo Papini
<i>L'inganno della Sindone</i> | Hannah Arendt / Salomon Adler-Rudel
<i>Pensiero e azione ai tempi dell'Olocausto</i> |
| Edoardo Boncinelli / Giovanni Berlinguer
<i>Dialogo su bioetica e clonazione</i> | Walter Veltroni / Antonio Di Pietro
<i>Dialogo su ciò che ci divide</i> |
| Edoardo Boncinelli / Alfonso Pecoraro Scanio
<i>Chez Frankenstein?</i> | |

El precio de este número es de £ 25.000 (correo aéreo £ 27.000).
El precio de una suscripción anual (5 números) es de £ 100.000 (correo aéreo £ 110.000).

Mandar un cheque internacional a Gruppo Editoriale L'Espresso Spa, viale del Castro Pretorio, 116 - 00185 Roma - Italia.
Tel. 07.39.6.4959249 - Fax 07.39.6.4940403

discursos de religiosidad reaccionaria que disfrazan prejuicios e intereses mezquinos en este mundo con una religión mal entendida o pervertida, ni faltan discursos milenaristas que sustituyen el trágico dualismo de nuestra civilización por monismos aún más ciegos. Hace unos dos siglos, unos hombres extraordinarios, los primeros románticos franceses, ingleses y alemanes, se hicieron ya esta pregunta terrible: ¿adónde va Occidente? Y en 1948, uno de los grandes sabios de la historia, Jiddu Krishnamurti, dijo:

"A causa de que no amamos la Tierra y las cosas de la Tierra, sino que meramente las utilizamos, hemos perdido contacto con la vida, hemos perdido el sentido de la ternura, de la sensibilidad, y no podemos comprender lo que es la verdadera relación con los demás"⁷.

Aún y así, la masa de la población intenta vivir su humanidad como puede, como le dejan los estrechos moldes de la cultura burguesa moderna, retocada varias veces y convertida ahora en cultura de masas. En Navidad, la gente se hace regalos, más o menos según el poder adquisitivo; algunos van a misa, aunque no vayan durante el resto del año; y, aunque casi nadie sepa ya de dónde vienen ni lo que significan, la mayoría sigue más o menos toda una serie de tradiciones navideñas mezcladas en la cacerola ruidosa de la televisión.

En esta civilización capitalista enamorada de la tecnología, las personas continúan siendo más o menos humanas, lloran, sonríen, se quieren, se detestan; aunque, eso sí, dentro de unos márgenes, bastantes estrechos, que fijó la burguesía en su ascenso y sobre los cuales ni siquiera se reflexiona, y dentro de los márgenes, igualmente estrechos, de una civilización mercantilista que ha anegado la humanidad y la libertad del hombre, así como la trascendencia de la vida, bajo el culto al con-

sumo y la obsesión por la seguridad y el confort material.

Ebenezer Scrooge y el ciudadano-consumidor

Uno de los más bellos cuentos que se hayan escrito es, a nuestro entender, el *Villancico de Navidad*, de Charles Dickens. El viejo avaro, Ebenezer Scrooge, simboliza lo peor y lo mejor de la humanidad en la misma persona; simboliza también la civilización capitalista en toda su pureza. Durante su miserable existencia, los hombres habían sido su negocio. Gracias a la intervención mágica de cuatro espíritus que se le aparecen por las fechas navideñas, el viejo avaro se da cuenta de que ha hecho negocios, pero de que ha dejado de vivir; se da cuenta de lo vacía que está su vida, si de ella se saca el dinero. En estas fechas navideñas se reconcilia consigo mismo, con los otros hombres y con la vida. Decide cambiar el rumbo de su existencia, empezar otra vez y empezar a vivir. Le invade la ilusión de un niño y, con lágrimas en los ojos, arrepentido del pasado, promete construir en el futuro algo que valga la pena, algo que permanezca.

Pocas veces un gran escritor ha sabido captar tan bien el sentido profundo de la Navidad. El miserable usurero reencuentra al final de su vida su humanidad, y con ellas reencuentra a Dios. Cristo ha nacido, y ha nacido en el interior de este hombre viejo y solitario. Dickens pone punto final a su cuento diciéndonos que:

"Scrooge fue aún mejor que sus palabras. Hizo todo aquello e incluso muchísimo más; y para el diminuto Tim⁸, que NO murió, fue como un segundo padre. Fue un amigo, patrón, y un hombre tan bueno como la vieja ciudad o cualquier otra ciudad, pueblo o distrito de este viejo mundo jamás conocieran otro. Algunas personas se reían al ver la alteración que se había producido en él; pero él las dejaba reír, y bien poca atención que les prestaba; porque tenía el suficiente conocimiento como para saber

que nunca se hizo nada en este globo, para bien de la humanidad, sin que ello suscitara, ya de entrada, la hilaridad de ciertas gentes"⁹.

Pero el Ebenezer Scrooge de la Inglaterra de finales del siglo XX no encuentra a los cuatro espíritus de la Navidad, porque durante la Nochebuena tiene encendida la televisión y está mirando cualquiera de estos vulgares *shows* que convierten la condición humana en un espectáculo alienante. Y, en cualquier caso, les recordaría a los espíritus todos los males de los países "comunistas" y las grandes virtudes de nuestras sociedades occidentales "libres", con lo cual los enviaría a paseo y continuaría mirando la televisión.

Además, en la época de Dickens todavía se podía creer en espíritus; el romanticismo estaba suficientemente cerca. Pero hoy día los espíritus únicamente pueden ser un ingrediente atractivo de una película comercial que gana ocho *oscars*. En 1964, Mírcea Eliade escribió:

"(...) el hombre moderno ha 'olvidado' la religión, pero lo sagrado sobrevive sepultado en su inconsciente. Según la tradición bíblica, el hombre perdió después de la caída la posibilidad de 'encontrar' y 'comprender' a Dios, pero conservó suficiente inteligencia para rastrear las huellas de Dios en la naturaleza y en la propia conciencia. Después de la 'segunda caída' (correspondiente a la muerte de Dios anunciada por Nietzsche) el hombre moderno ha perdido la posibilidad de vivir lo sagrado en el plano de la conciencia, pero continúa alimentado y guiado por su inconsciente"¹⁰.

En el plano de la conciencia, muchos hombres modernos viven una Navidad de embotellamientos, colas, anuncios por todas partes y cuentas corrientes que se vacían; las formas y los colores pintorescos que el capitalismo da a la Navidad acaban por confundirse con ésta. Pero mien-

tras haya un Ebenezer Scrooge que un día reencuentre suficiente inteligencia para rastrear las huellas de Dios en su propia conciencia; mientras, de vez en cuando, alguien desentierre del fondo del inconsciente la Navidad y viva nuevamente lo sagrado en el plano de la conciencia, la Navidad continuará teniendo sentido para nosotros, los hombres "civilizados" de este mundo donde Dios ha muerto y donde, junto a Él, ha muerto también el hombre, sustituido por el ciudadano-consumidor de la civilización capitalista bajo imperio americano.

Una nueva Navidad que ya no vendrá seguida de Pascua

Mas el Día de San Esteban amanecerá, fría mañana de invierno incluso en las orillas mediterráneas. En uno de los testimonios espirituales más impresionantes del siglo XX —y de la historia—, dice una voz cuyo origen no es humano:

"La primavera llega. / Una flor, una brizna de hierba son sus mensajeros, / lo mismo que las religiones, los profetas, los templos. / Pero con la venida de la Luz y de la Fuerza, / no más templos: todo será templo. / ¿Quién percibe una flor / en medio de un campo de flores? / Vosotros, vosotros no sois flores, sois Primavera. / Mas en SU jardín, / incluso la Primavera tan sólo es una flor".

Y la misma voz dice el viernes 24 de diciembre de 1943:

"Un ángel ha descendido del Cielo..."

"No debéis apresuraros ya para ir a ver la Luz. / La Luz estará por todas partes / y ya no habrá Belén. / Anuncio una nueva Navidad / que no vendrá seguida de Pascua"¹¹.

Si Navidad tiene sentido, es para que llegue un tiempo en que cada día del año sea Navidad —una nueva Navidad que ya no vendrá seguida de Pascua. ■

Albert Ferrer es profesor de universidad.

⁷ Jiddu Krishnamurti: *Sobre la naturaleza y el medio*. Kairós, Barcelona, 1994.

⁸ El muchacho enfermo cuya muerte muestran los espíritus al viejo Scrooge, y que, gracias al cambio de rumbo en la vida de éste, podrá ser salvado de su infortunio.

⁹ Dickens: *Christmas Carol (Villancico navideño)*, traducción de M. P. García Fernández (Bosch, Barcelona, 1978).

¹⁰ Mírcea Eliade: 'Permanencia de lo sagrado en el arte contemporáneo', en *El vuelo mágico*. Siruela, Madrid, 1995.

¹¹ *Dialogues avec l'ange. Un document recueilli par Gitta Mallasz*. (Traducción del autor). Aubier, París, 1990.

DECO
·Moni
·Man
en m
·Esca
·Deco
FOTO
·Foto
·Aero
·Dibu
·Dibu
DEPO
·Moni
·Prep
·Moni
·Quir
·Masa
·Téc
MÚSI
·Guita
·Solfe
AZAF
·Azaf
·Públi
CULT
Preparac
·Grad
·Acc.
·Prep
·Form
INMO
Homolog
Adminis
·Gest
·Gest
·Direc
·Mark
·Perit
IDIOM
·Inglé
COCI
·Coci
·Jefe
·Cam



Nombre
Domicilio
Población
Tu informaci
CCC ha obte
Por fav